

I Retrato del libertino

Todos los afectos humanos se generan mediante el acto de la copulación y sus preliminares [...] Las parejas bendecidas con imaginación llevan el acto de follar a la altura del intelecto, haciendo que —en su sensual elevación etérea— la lujuria y el amor se conviertan en un delirio poético [...] Follar es la gran fuente que humaniza al mundo.

La cita corresponde a un victoriano que a finales del XIX ya senecto, pagó de su bolsillo la entonces formidable cantidad de mil cien guineas a un librero de Amsterdam, para que editase seis únicos ejemplares extracomercio de una autobiografía titulada *My Secret Life*. Trasladadas a letra de imprenta, las cuartillas a mano cupieron en once volúmenes *in octavo*, cada uno de cuatrocientas páginas aproximadamente. Linotipistas holandeses, poco duchos en la lengua inglesa, agravaron el probable descuido gramatical y ortográfico del manuscrito.

Hasta que Grove Press se decidió a reeditar la obra —empleando dos tomos de gran tamaño, ya en 1962— de los seis ejemplares originales cuatro se hallaban en manos de coleccionistas privados, uno en la biblioteca del Kinsey Institute y otro en la del British Museum. Aunque se supone que el librero de Amsterdam quizá imprimió algunos ejemplares más de los contratados, una obra tan gigantesca como prohibida se conservó intacta durante casi un siglo (no caracterizado desde luego por falta de censores, guerras y otras calamidades para la memoria cultural).

El motivo reside en la obra misma, que Jaime Gil de Biedma considera «el más extenso y prolijo informe jamás escrito sobre la experiencia erótica de un ser humano del sexo masculino»¹. En efecto, además de ofrecer un rico cuadro de la época — precisamente la parte omitida en las novelas de Dickens, Hardy y otros narradores ingleses respetables del momento—, el libro describe en detalle relaciones carnales con unas dos mil mujeres. El dato habla por sí solo. Como el ejercicio de la sexualidad en condiciones plenas viene a ocupar unos cuarenta años de la vida, este *gentleman* conoció (en sentido bíblico) una mujer nueva cada semana, a una media de cuatro por mes.

Se trataba de un caballero pudiente, que viajó por toda la tierra, y muchas de sus conocidas fueron ramerías. Pero no alcanzó esa cifra movido por algún tipo de compulsión a penetrar y marcharse en seguida, como nuestro Tenorio. Al contrario, Walter —pues así se bautiza en el relato— encuentra casi siempre motivos para ahondar sus fantasías lúbricas con cada compañera, y para renovar las relaciones que resultaron satisfactorias. El mismo refiere que la mujer ya poseída le hacía sentirse más amable «aún». Raro parece ser el caso de que se despidiera sin copular al menos dos veces con cada una de las mujeres nuevas, o alguna de las

¹ Cfr. «Cualquier vida secreta, o los otros papeles del Club Pickwick», en *El pie de la letra*, Crítica, Barcelona, 1980, pág. 257.

amadas antiguas. Eso dispara el número de coitos a docenas de miles, que convertidos en el doble o el triple de horas —usando un rasero prudente— equivalen a no pocos años enteros. En sus palabras:

» Consultando mis notas y diarios íntimos, me doy cuenta de que he poseído a mujeres de veintisiete imperios, reinos o países, de más de ochenta nacionalidades, incluyendo todas las de Europa, salvo Laponia. He follado con negras, mulatas, cuarteronas, griegas, turcas, egipcias, hindúes y otras criaturas completamente depiladas; incluso he conocido bíblicamente a *squaws* del Canadá y Estados Unidos, allí donde la civilización no ha penetrado todavía [...] Ojalá pueda seguir vivo para desarrollar hasta el infinito las variaciones del glorioso tema que es la mujer.

Por otra parte, su relato destila franqueza, y un meticuloso afán de veracidad. Para empezar, no menciona lance alguno que roce la proeza viril. Dadas las situaciones, parece probable que la mayoría de los hombres hiciese lo mismo —o hasta más. Lo llamativo es su expedición cotidiana en busca de ocasiones, y el corazón que pone en perseguirlas hasta el final: la sinceridad y continuidad de su deseo. Más que fantasías por cumplir, proyectadas hacia el futuro, su vida le muestra unido a lo concreto actual, a la inmediatez de cada presente, prolongado luego en el recuerdo. Tras amar en términos absolutos a dos regimientos femeninos, su discurso es ante todo realista:

» No pretendo pasar por un Hércules en la copulación. Hay sobrados fanfarrones en este campo, pero muchas charlas con médicos y mujeres de la vida me hacen poner en duda esas maravillosas hazañas de las que algunos hombres se jactan.

En realidad, Walter ni siquiera piensa gustar de modo especial al otro sexo; es él quien se halla seducido, y su ingente experiencia viene sólo de consentirse sin hipocresía una pasión que admite sigilo y exactitud, cosa imposible cuando no cuenta con el apoyo del entendimiento. Entonces, ¿quién es este sujeto? Un testimonio antiguo —de cierto librero parisino que lo oyó de otro librero— le presenta como capitán de barco, cosa acorde con la amplia variedad de ciudades visitadas. Sin embargo, hallazgos más recientes apuntan a que fue para el resto de la vida civil sir Henry Spencer Ashbee, un magnate del comercio ultramarino, coleccionista de ediciones raras del *Quijote*, autor de varios relatos sobre viajes a Asia, África y América, amigo de Richard Francis Burton y otros notables de la época, muerto a los sesenta y seis años, que tenía a España por «país favorito» (sufrió un infarto en Burgos a principios de 1900, del cual no se recuperaría satisfactoriamente), y que bajo el seudónimo de Pisanus Fraxi compiló y publicó también los más exhaustivos catálogos de literatura pornográfica conocidos por el siglo XIX².

¿Pudo una sola persona abarcar polígrafa erudición, éxito mercantil y respetabilidad general con una vida secreta de semejantes dimensiones? En su agudo comentario a *My Secret Life*, Gil de Biedma destaca lo que tiene de escándalo una coincidencia de ese tipo. Aunque cabe aceptar que el obseso hiciese realidad innumerables lujurias, e incluso —como piensan algunos historiadores sociales— que redactase un documento de extraordinaria importancia sobre la

² Concretamente, tres: el *Index Librorum Prohibitorum* (1877), el *Centuria Librorum Prohibitorum* (1879) y la *Catena Librorum Tacendorum* (1885). El British Museum rechazó en principio la donación de estas colecciones, si bien acabó aceptándola cuando Ashbee condicionó a ello el legado de su excepcional colección sobre Don Quijote.

Inglaterra victoriana, su obsesión debería ser castigada con fracaso personal, descrédito social y ruina económica. Cualquier otra opción resulta un pésimo ejemplo, que habría indignado por igual a Moisés, Mahoma o san Pablo. También indigna, aunque sea solapadamente, a diplomados en sexología como el doctor y la doctora Kronhausen —autores de un estudio «científico» sobre el libro—, para quienes es evidentemente patológico elevar a primordial una satisfacción de la concupiscencia, meta que debería siempre ser secundaria comparada con familia, negocios y seguridad. Por lo mismo, «que Ashbee además de Fraxi fuese Walter es casi demasiado hermoso para ser cierto»³.

Más recientemente, junto a la hipótesis de que Walter fuera Ashbee se maneja la de que era en realidad Edward Sellon, un querido amigo suyo. Sea como fuere, la supuesta o real patología de este caballero no necesita conjeturarse, pues todo cuanto podemos saber sobre su carácter se encuentra en sus memorias eróticas. Con sus seis millones de caracteres, esa obra — que se presenta expresamente como «simple relato de hechos y no análisis psicológico»— resulta ser un pozo insondable de psicología. Si, por una u otra razón, la psicología y la sociología no hubiesen ignorado la tarea de analizar cuantitativa y cualitativamente la medida de autoritarismo y libertarismo en temperamentos singulares y grupos —para concentrarse en sondeos y tests sobre intención de voto e idoneidad profesional—, quizá podríamos estar más cerca de saber no sólo qué proporción de varones se parecen anímicamente al autor de *My Secret Life*, sino hasta qué punto algo así depende de lugares y momentos. Faltando semejante ayuda, habremos de conformarnos con examinar su normalidad o anormalidad, su actualidad o anacronismo, a la luz de un solo testimonio. En el segundo prefacio a su libro, escrito sin duda poco antes de morir, nuestro libertino aborda precisamente esta cuestión:

» Mi manuscrito no es sino una narración de la vida humana, quizá de la vida diaria de miles de seres humanos, si pudiera hacerseles confesar. Al leerlo de principio a fin, me choca la monotonía de la relación con aquellas mujeres que no pertenecían a la clase alegre. ¿Actúan así todos los hombres —besando, engatusando, sugiriendo impudicias, echando un tiento, oliéndose los dedos, asaltando y venciendo, igual que yo? ¿Se ofenden todas las mujeres, diciendo «no», después «oh», sonrojándose, enfadándose, cerrando los muslos, resistiéndose, abriéndolos luego y entregándose a su lujuria, como han hecho las mías? Sólo un cónclave de putas que dijeran la verdad y de sacerdotes romanos podría aclarar este punto. ¿Han tenido todos los hombres esas extrañas calenturas que me han embelesado, avanzada la vida, aunque en días tempranos su idea misma me repugnase? Nunca lo sabré; mi experiencia, si se imprime, permitirá quizá a otros comparar, cosa que yo no puedo hacer.

1.

Walter, que se considera un humilde servidor de la Naturaleza, llama «natural» a todo aquello que alguien hace movido por un impulso interno. No es tan explícitamente filosófico como otros cultivadores del género, pero filosofa aquí y allá. Las controversias ideológicas le

³ Gil de Biedma, ob. cit., pág. 260.

traen en buena medida sin cuidado y, salvo alguna ironía dedicada a la Madre Iglesia⁴, no desprecia el pudor ni la impudicia (goza de las púdicas por púdicas y de las impúdicas por eso mismo), no sermonea en ningún momento y no se exaspera contra mojigatos o libertinos. Aunque su vocación de sinceridad absoluta le compromete con el lado soez de cada descripción, no encontramos en él rastro alguno de esos largos discursos sobre el vicio y la virtud que, por ejemplo, agobian en la obra de Sade. Las raras veces donde se pone reiterativo coinciden casi siempre con momentos donde no narra acciones, sino reflexiones.

El lema de Walter: mi cuerpo es mío. Si no pidió nacer, y no va a poder fijar el momento de su muerte, salvo recurriendo a la violencia del suicidio, lo que hay entre medias queda librado a él. Y lo que a él le gusta es el amor carnal:

» Las mujeres han sido el placer de mi vida. Amaba el coño, pero también a quien lo tenía; me gustaba la mujer con quien follaba, y no sólo el coño donde lo hacía.

También goza el confort, comer y beber bien, los viajes, la lectura, vestir apropiadamente... Pero nada le fascina y agita como «lo relacionado con follar». Creencias religiosas no tiene, aunque tampoco sea un ateo militante y profese un vago deísmo al estilo inglés clásico. Padece a regañadientes prejuicios machistas que enturbian el eficaz cumplimiento de unas pocas calenturas homosexuales, y él mismo los llama «prejuicios» cuando le inhiben una erección o una eyaculación. No es un intelectual que rechace los ideales de su tiempo (y de casi todos) en cuanto a posición y modales, pero tampoco los obedece allí donde recortan su autonomía. Cuando su gusanillo de la conciencia irrumpe con reproches, el yo de Walter es fuerte, y se absuelve una y otra vez de culpa.

La consciente vulgaridad de su lenguaje, y el volumen de las experiencias narradas, han hecho que algunos exégetas —como el antes citado matrimonio Kronhausen— le comparen con fornicadores previos a él o contemporáneos suyos. Sin embargo, Walter se parece ante todo al occidental contemporáneo medio, salvo por el hecho de que no está intentando adecuarse al estereotipo de hombre de mundo, conquistador o *playboy* que se difunde con la ruina del ideal represivo. La infatigable jornada de caza que ocupa su vida no ha sido sugerida leyendo editoriales de *Penthouse* o el consultorio de *Lib*. El éxito copulativo es vehículo de conformidad social hoy; en el Londres de la reina Victoria —amenazado por venéreas, policías y furibundos familiares— invitaba más bien a un vehículo celular. Sólo atendiendo a esta diferencia en la actitud pública puede calibrarse hasta qué punto Walter se anticipa a su época.

Por aquellas fechas se publicaba ya la revista clandestina *The Pearl*, y había en el mercado abundantes novelones anónimos verdísimos. Con todo, el erotismo de Walter tiene una cualidad inconfundible. Emplea la imaginación mientras fornicaba, dejando que el relato lo haga sólo la memoria. El conciudadano suyo que de 1863 a 1866 publica anónimamente los cuatro volúmenes de *Romance of Lust* es, en comparación con él, un farsante y un utópico. Este libro —

⁴ Refiriéndose a su primera amante, dice: «Si el sacerdote nos hubiera bendecido con los lazos del matrimonio, lo llamarían placer casto de amor y afecto. Como el sacerdote no intervino para nada, supongo que lo llamarán bestial inmoralidad.» Por el primogénito de Ashbee sabemos que le repugnaban las religiones positivas en general, y particularmente el cristianismo.

como tantos otros escritos y no vividos desde entonces hasta hoy— comete el error de creer que al lector le conmueven más relatos de encuentros perfectos, con damas que encadenan innumerables orgasmos y señores provistos de una titánica potencia. Es el tipo de pornografía comercial, toscamente proselitista, donde sucede siempre lo mejor, de la mejor manera y al gusto de todos. Allí, como diría Hegel, lo negativo no resulta superado, sino meramente apartado.

Para Walter, en cambio, el valor erótico está en el prosaísmo sin idealizaciones. Su biografía está jalonada por rechazos, raptos de impotencia, trances histéricos, tedios y fracasos. Sirve como botón de muestra la aventura con una joven virgen, criada de una antigua amante que colabora en el intento de desfloración:

» Entonces lamí la bella rajita, me bajé al pilón con G***, la chica se bajó luego al pilón con ella, vimos dibujos indecentes que había llevado, bebimos champán, puse su trasero desnudo sobre mi rodilla y N*** jugó con mi traidora polla. Pero todo fue en vano. Entonces G*** volvió su trasero hacia mí, y la muchacha metió sus dedos en la grieta de ella, mientras mis dedos estaban dentro de la suya. Recorrí todos los pensamientos posibles para excitarme, y así lo hizo G***, pero mi polla se hizo más y más pequeña, hasta no ser sino un fragmento de piel arrugada. Entonces rompí a sudar de vejación y desgracia, incapaz de entrar en la vulva rosa, imberbe y expectante [...] Tras unas tres horas de esto, preocupado y cansado —casi llorando de humillación—, dejé a G***.

Sólo varios días después —que Walter pasa creyéndose «poseído, embrujado»— reaparece la deseada erección, al principio vacilante y poco a poco más firme:

N*** estaba silenciosa, pero su vientre se retorció cuando empecé a sacudirme con fuerza dentro. Entonces un leve murmullo, sus ojos cerrándose, un gesto extremadamente encantador cayó sobre su rostro. «Se está corriendo, mira, «Sí, se está corriendo», dijo G***. La muchacha respiró con fuerza, su coño se contrajo, mi polla sintió como si estuviera partiéndola por la mitad, y a topetazos, sacudiendo todo su cuerpo con mis empujones, palpito y con un estremecimiento final roció su interior de espesa leche. Allí me mantuve, aferrando sus muslos, mirándola y mirando luego a G***, que ahora —de espaldas sobre la cama, con la combinación levantada, visibles sus muslos y su vientre— se masturbaba con vigor. Aunque estuviese saciado, puse los dedos en su toisón cuando vi por sus temblores y su dulce mirada que estaba corriéndose.